

V a r i t é

Sobre Toxicomanías y Alcoholismo

Un “barfly” llamado Bukowski

Entrevista: Del goce dionisiaco al goce de la palabra, un tratamiento posible

Una experiencia vacía



RESACAS

probablemente he tenido más que ninguna
otra persona viva y aún no han acabado
conmigo,
pero algunas mañanas me he
sentido morir.

como sabéis, la peor borrachera es la que
se
sufre con el estómago vacío, abundante
tabaco y una generosa mezcla de
licores.

y las peores resacas, las que sufres al des-
pertarte en el coche o en una habitación
extraña o en un callejón o en la cárcel.

las peores resacas son las que tienes al
despertarte y darte cuenta de que has
hecho algo absolutamente vil, estúpido y
posiblemente peligroso la noche anterior,
pero
no consigues acordarte de
qué.

y te despiertas con múltiples trastornos: con
heridas en diversas partes
del cuerpo, sin dinero y/o posiblemente y a
menudo sin coche, si es que tenías coche.

puede que llames por teléfono a una mujer,
si es que has estado con alguna, para
que la mayor parte de las veces te cuelgue
de un golpe el teléfono. o que, si la tienes al
lado en aquel momento,
sientas su indignación y su
cólera.

a los borrachos no se les perdona nunca.
porque los borrachos se perdonan a sí
mismOS porque necesitan seguir
bebiendo.

hay que tener mucho aguante
para pasarse años
bebiendo.

a tus compañeros de cogerza los ha ma-
tado
la bebida. tú mismo entras y sales de los
hospitales. donde a menudo te advierten
de que
“una copa más te va a
matar”.
pero tú los desmientes
tomándote más de una copa
más.

y cuando te acercas a los tres cuartos de
siglo de edad te das cuenta de que necesi-
tas cada vez más
priva para emborracharte.

y las resacas son peores,
y te cuesta más recuperarte.

y lo más extraordinariamente estúpido de
todo es que no te disguste
haberlo hecho
ni seguir
haciéndolo.

escribo esto a máquina bajo el yugo de una
de mis
peores resacas.
abajo hay tiradas múltiples y variadas
botellas de alcohol.

ha sido todo tan bestialmente
delicioso, este río turbulento, esta oprimen-
te aniquiladora
locura que no se lo deseo a
nadie
salvo a mí,
amén.

**Poemas de la última noche de la tierra,
Por Charles Bukowski
DVD ediciones**

“Don’t try” — “Ni lo intentes”, podríamos traducir.

El epitafio elegido por Charles Bukowski para su tumba no podría ser más preciso. De un realismo descarnado y pleno de humor ácido, su literatura — tal como fue su vida — transmite de un modo líricamente desencantado - sin ideales, una inexistencia de ambición, y de compromiso respecto de un deseo. Un cinismo *etílico* hecho arte.

Nuestro colega de Argentina, Luis Salamone {1_}, quien visitará la Delegación en los primeros días de abril y desarrollará una intensa actividad sobre el tema de *Toxicomanías* y *Alcoholismo*, muy amablemente nos ha facilitado un texto suyo, inédito, **Un “Barfly” llamado Bukowski**.

Se trata de un escrito concebido a partir de la obra de este escritor en el que L. Salamone - fiel al principio “*es la obra de arte la que se aplica al psicoanálisis y no a la inversa*” -, extrae una enseñanza muy interesante para el psicoanálisis, a partir del saber de Bukowski sobre sus pasiones: el alcohol, los caballos, las mujeres, y la literatura.

Dice allí: “*Onanismo, alcohol y juego hacen una serie que se engarzan en la línea del autoerotismo, de un goce que no necesita pasar por el Otro. Pero intentando escapar de la falta, parece llevar irremediablemente por la senda del perdedor*”.

Resulta muy interesante cómo L. Salamone articula, a partir de la letra de Bukowski, lo que en psicoanálisis se entiende por **el rechazo de la dimensión fálica**, ubicando muy claramente la condición de goce, que en el caso particular de Bukowski, se llamará la Actitud del Hombre Congelado. Esto es, la actitud de un hombre que no desea nada, y sólo pretende huir del sufrimiento y del sistema ahogándose en el goce dionisiaco que el vino le concede.

En la conversación que tuvimos la oportunidad de compartir con nuestro invitado, nos presentó, en términos muy coloquiales, un primer panorama de lo que el psicoanálisis puede hacer frente a la complejidad clínica de estas afecciones, e introdujo también algunas formalizaciones teóricas respecto de esta problemática que desarrollará en su seminario.

Al respecto, transcribimos una poesía de Bukowski, *Resaca*, donde a la vez que deja ver la brecha por donde el psicoanálisis puede operar (en el quiebre que produce lo peor del goce dionisiaco: los efectos mortificantes en el cuerpo, y las consecuencias subjetivas, la sensación de extrañeza, la desmemoria, el rechazo de la mujer); por otra parte, pone en evidencia con gran sinceridad, el goce del bebedor respecto de esta sensación de muerte por las mañanas que, si bien abre un camino para la intervención analítica, también resulta que: “y lo más extraordinariamente estúpido de todo es que no te disguste haberlo hecho ni seguir haciéndolo”.

a la implicación en tanto “sujetos responsables”, en una operación capaz de liberar al sujeto de la violencia en la que está atrapado, pero con las armas de la palabra.

Viviana Berger



1. Eric Laurent, psicoanalista, miembro de la Ecole de la Cause Freudienne (ECF), de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)

2. Juan Pablo Villalobos, escritor, nacido en Guadalajara, México.

3. Sérgio Laia, Doctor en Letras (Universidad de Minas Gerais) y Magister en Filosofía. Analista practicante y miembro de la Escuela Brasileña de Psicoanálisis, y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

4. Maria Cristina Maia de Oliveira Fernandes, psicoanalista, adherente da Delegação Pb. da Escola Brasileira de Psicoanálisis.

Un “barfly” llamado Bukowski

Luis Darío Salamone

“Si quieres saber dónde está Dios, pregúntale a un borracho.”
Charles Bukowski {1_}

La obra de Charles Bukowski ha sido definida como una literatura de riesgo, filosa. El lector que se arriesga en ella no sale indemne. Hemos aprendido de los errores como para suponer la esterilidad que implica pretender una suerte de análisis aplicado a una obra literaria, para recordarlo basta leer un trabajo de Francois Regnault: “Esas sandeces que pululan en los textos analíticos”, donde nos demuestra que en todo caso es la obra de arte la que se aplica al psicoanálisis y no a la inversa. Es en ese sentido que Bukowski nos puede enseñar lo que él sabe acerca de sus pasiones: el alcohol, los caballos y las mujeres, tendríamos que agregar un cuarto término: la literatura, en todo caso se trata del instrumento. Vale la pena, entonces, correr el riesgo.

Neeli Cherkovski, su biógrafo, nos comenta cómo Bukowski escribía, en general, sus obras de “ficción autobiográfica”: lo hacía rápidamente, a la velocidad que su máquina de escribir lo permitía, dejando que priven los elementos viscerales, sin procurar elaborar una obra literaria.

En la entrevista que le realizara Fernanda Pivano, que lleva el poético título de Lo que más me gusta es rascarme los sobacos, poético en el sentido que entiende el término nuestro escritor, él explica el porqué del título de su película “Barfly”. Se trata de una expresión norteamericana para dar cuenta de alguien que se sienta en el taburete de un bar desde que se despierta hasta que el bar cierra. En la barra suele haber cerveza que se vierte y moscas que zumban, revolotean, y se posan en la espuma. Un “barfly” es alguien que necesita para subsistir estar en el bar. Bukowski, al menos durante cinco años de su vida, se consideró una “mosca de bar”. No pensaba en trabajar o hacer dinero, sólo le interesaba estar sentado en el taburete de un bar, bebiendo.

2. Hijo de Satanás

Hank, como lo llamaban sus amigos, sitúa a los cuatro o cinco años el momento donde comienza a mirar a su alrededor y comprender todo. Nos dice: “Yo tuve unos padres bastante terribles, y los padres forman la mayor parte de tu mundo. No tienes otra cosa.” Su mundo constaba entonces con la indiferencia materna y un padre frustrado por no poder encontrar empleo, que lo golpeaba violentamente cuando desobedecía. “Me hacía pagar a mí que el mundo no lo aceptara como él deseaba”. A Hank le parecía raro el sonido de sus voces, incluso sus manos le parecían raras, sus brazos como añadidos y ajenos al resto del cuerpo. Se preguntaba: “¿Podían ser aquellos dos seres realmente sus padres?” En medio del misterio “empezaba a conocerse a sí mismo a través de su rechazo a los otros”.

El abuelo Leonard era el patriarca del clan Bukowski, el día que lo llevaron a conocerlo su aliento olía a whisky, a Hank le agradó, pero sus padres no entraron a la casa, cuando preguntó el motivo de tal actitud, la respuesta fue “¡El abuelo bebe!”.



Solían contarle una historia que a Charles le gustaba acerca de su bisabuelo. Se trataba de un músico que iba de bar en bar tocando el violín y pasando su sombrero, el dinero lo invertía en cerveza. Lo echaban de un bar por armar bronca y se iba a otro y luego a otro. Se trataba, al igual que de Leonard Bukowski, de un bebedor, de un “barfly”.

Hank se sentía más cerca de ellos que de su padre, pero reconocía que algo había tomado de éste: un punto de vista cínico sobre la vida. Tres herramientas le sirvieron para sustentarlo: la ironía, el silencio y el sarcasmo.

Bukowski comenzó a beber a los trece años, buscando un alivio en el aturdimiento del alcohol. Cuando llegaba borracho, el padre lo hacía dormir en el garage. Un día se reveló, derribó la puerta de la casa y lo golpeó. No sabemos si esto se ubica del lado de la ficción o de la autobiografía, lo cierto es que pasó a formar parte de la realidad de sus relatos. La opinión que tenía sobre su progenitor fue el patrón que le permitió hacerse una opinión sobre la sociedad. Se vislumbra cuando afirma: “El factor opresivo continúa como una sombra por encima de todo. Quiero decir que siempre hay un padre que intenta aplastarte y aniquilarte.”

Hank abandonaría la casa, pero volvería de tanto en tanto, para someter a sus padres a su creciente locura alcohólica. Estos se molestaban cuando él llegaba, en particular luego de que decidieran decirle a los vecinos que había muerto en la guerra. Por aquella época comenzó a jugar con la idea de suicidio. Antes de darlo por muerto le había sido negada la filiación: “¡Tú debes de ser Hijo de Satanás, tú no eres hijo mío!”⁴. Negando su paternidad le había ofrecido el nombre para uno de sus relatos.

3. Mujeres

Las mujeres fueron consideradas por mucho tiempo como un misterio. No se le ocurría que alguna pudiera llegar a quererle. Esto hacía que se refugiara en la escritura y en la gloria efímera de la intoxicación; apareciendo el alcohol, si bien no como una solución, al menos como un refugio construido en su desierto de mujeres.

Aunque siempre constituyeron un problema, desde que le estalló un furioso acné, las consideró

como imposibles, fuera de su alcance. Con la fama las cosas cambiaron, pero no dejaba de sentirse en peligro. Él se había expuesto en sus libros y lo conocían; pero no sabía nada de ellas. Se consideraba un verdadero jugador, pensaba que podría ser asesinado o, al menos, como lo señala en su libro *Mujeres*, "... podían cortarme las pelotas. Chinaski sin pelotas. Poema de amor de un eunuco." Como vemos las mujeres no implicaban cualquier peligro. En un poema, una le reprocha porque lo único que hace es beber, porque no le gustan otras cosas que no sean el alcohol y los caballos, y al final lo increpa: "... decime, ¿por qué tenés miedo de la concha de una mujer?". En otro poema, resignado frente a la perentoriedad de las relaciones humanas, piensa que retornaría a las mujeres de su vida, aunque parezca que no existieran.

La relación de Bukowski con la bebida es tal que, como nos dice Freud, merecería ser tomada como modelo por muchos matrimonios. También se percató de que "A ninguna mujer le gusta quedar segunda ante una botella". Pivano lo interrogó acerca de lo que hacía antes de ir con mujeres. La respuesta de Bukowski fue: "Bebía, sólo bebía"]8_}.

4. La senda del perdedor

En una época se dedicó al vagabundeo, la mayor parte del tiempo deambulaba por ahí ebrio, enredándose en peleas. Hasta que una úlcera sangrante lo llevó a consultar a un médico que le dijo que si seguía bebiendo moriría. La respuesta a esta advertencia merece ser tenida en cuenta por quienes realizan campañas preventivas con frases por el estilo: "<>. Vaya modo de hablarle a un suicida." El encuentro con la muerte reafirmó su vocación literaria. No podía parar de escribir poemas, era como una "especie de locura". Por otra parte Jane, su pareja de entonces, lo llevó por primera vez al hipódromo, con la esperanza de que eso lo distrajera del alcohol. Pero el hipódromo, el frenesí de las apuestas, el acoso de la multitud, en realidad lo estimulaban a beber. Los caballos y el alcohol parecían ir unidos. Al igual que para Dostoievski, lo principal para él era el juego por el juego mismo, y no por el dinero. Dostoievski encontraba una satisfacción en el juego que nos es revelada por Freud: el autocastigo; tras caer en la miseria se insultaba, se humillaba ante su esposa para que ésta lo despreciara. Luego volvía al juego. Pero esta tragicomedia lo llevaba a escribir. Su mujer, al percatarse de este ciclo, comprendió que, después de todo, la producción literaria que era resultante, era lo que podía salvarlos. Una vez calmado el sentimiento de culpabilidad, podía volver al trabajo y a cierto éxito.

Bukowski, en uno de sus poemas, nos brinda una perspectiva del asunto: "aprender a ganar es difícil / cualquier bolido puede ser un buen perdedor" 10 . Por otra parte, según nos cuenta en los *Escritos de un viejo indecente*, a garrapateado en cajas de cartón durante borracheras de dos días: "Si no juegas, nunca ganarás" 1 ¿Qué se puede ganar en el juego aunque se pierda? Hay una satisfacción sustitutiva. Freud nos dice: "El <> del onanismo es sustituido por la manía del juego... Real y efectivamente la furia del juego es un equivalente de la antigua compulsión onanista..." Recordemos, por otra parte, la carta del 22 de diciembre de 1897, donde Freud llama al onanismo la "adicción primordial", de la cual, las posteriores adicciones, resultarían un sustituto.

En *La senda del perdedor* Bukowski nos comenta cómo se inició en la bebida. Luego de vomitar tuvo la impresión de que nunca se había sentido tan bien. Con el artificio de la bebida la vida parecía ser grandiosa, nada llegaría a afectarle, el hombre podía aspirar a la perfección. O al menos no darse cuenta

de que la falta lo golpea constantemente, más de lo que lo había hecho su padre. "Era mejor que masturbarse", nos dice. 13

Onanismo, alcohol y juego hacen una serie que se engarzan en la línea del autoerotismo, de un goce que no necesita pasar por el Otro. Pero intentando escapar de la falta, parece llevar irremediablemente por la senda del perdedor.

5. La actitud del hombre congelado

Hemos trabajado el goce cínico vinculado a las toxicomanías. Fuimos cautelosos en aplicar esta posición en relación a los casos de alcoholismo. Pero hay que reconocer que cierto cinismo ético parece destilarse de la escritura de Bukowski. Su respuesta no es la de un goce dionisiaco, así como su filosofía no es ajena a la sustentada por Diógenes. El también busca "Un hombre auténtico", título de uno de sus relatos, como el filósofo cínico buscaba con su linterna un hombre verdadero en la oscuridad. En el escrito afirma: "Me gustan los hombres desesperados, los hombres con los dientes rotos y el cerebro roto... Me interesan más los pervertidos que los santos. Con los vagabundos consigo relajarme porque yo también soy un vagabundo. No me gustan las leyes, la moral, las religiones, las reglas. No me gusta dejarme moldear por la sociedad." 1{ [4

Para Bukowski su estilo de vida estaba directamente relacionado con el beber, y variaba en la medida en que se limitaba a beber cosas diferentes. Por otra parte se distingue muy claramente de un canalla, evitando hacer cosas que hace el Otro.

Por 1965 escribió un texto titulado: "Ensayo incoherente sobre la poesía y la puta vida escrito mientras me bebo un paquete de seis cervezas (grandes)", considerado por su autor simplemente como el manifiesto de un borracho. Allí afirma que él no quería ninguna parte de nada y recalca su deseo de poder escapar constantemente del sistema, para esto la solución es ahogarse deliberadamente en el vino. Observemos el rechazo de la dimensión fálica, del Otro, y el alcohol como recurso.

Para ser precisos con respecto a la posible posición del bebedor, debemos llamar las cosas por su nombre, es decir cómo la nombra Bukowski. Se trata de la Actitud del Hombre Congelado. Nos dice que su nacimiento como sujeto tiene que ver con ella. De esta forma procuraba evitar el sufrimiento, "...aunque el dolor era terrible, yo, yo mismo, me sentía completamente al margen de él. Quiero decir que, realmente, aquello no me interesaba; no significaba nada para mí. No tenía ningún lazo con mis padres y así no sentía que hubiese ninguna violación de amor o confianza o cariño." 15 Ante las cosas de la vida no tenía nada que decir, nada que hacer pasar por el significante, simplemente no le interesaba, estaba congelado, antes, después y siempre. Con esta actitud bebía todo lo que tenía por delante, sintiéndose perdido, cada vez más lejos de los demás, pero al menos no había nada doloroso en ello. Después viene esa historia que hemos relatado, esa confrontación que es resumida por Bukowski en los siguientes términos: "el perro se había revelado contra el amo."

6. Se busca una mujer

Una última cuestión acerca de algo que nos puede transmitir nuestro escritor sobre sus pasiones: el alcohol, los caballos y las mujeres. Hemos visto que existe cierta línea que los vincula, que también le han causado problemas a Bukowski; pero por otra parte nos da testimonio de que han sido recursos que le han otorgado cierta estabilidad. Tienen el valor de síntoma.

Con respecto al alcohol, basta con citar una frase: "Es mejor la resaca que el manicomio." Del ritual de la peregrinación diaria al hipódromo ha planteado algo similar: "Tal vez no sea más que una adicción al juego... pero sea lo que sea, los caballos me han ayudado a mantenerme cuerdo." {18_} Finalmente, luego del agitado período que lo lleva a escribir *Mujeres*, su vida se ve estabilizada con Linda Beighler. Ella se convirtió en un ancla para Hank. Incluso, luego de contraer tuberculosis, con asombrosa facilidad dejó de beber. Linda le aportó un equilibrio a su vida, hasta su muerte.

• Trabajo presentado en las IV Jornada del TyA. "La clínica: eficacia, impases, salidas." Buenos Aires, 9 de Octubre de 1995.

1. Bukowski, Ch. *Escritos de un viejo indecente*. Anagrama, Barcelona, 1995. Pág. 175.
2. Regnault, F. *En Presentación de Lacan*. Manantial, Buenos Aires, 1991.
3. Cherkovski, Neeli. *Hank. La vida de Charles Bukowski*. Anagrama, Barcelona, 1993.
4. Bukowski, Ch. *Hijo de Satanás*. Anagrama, Barcelona, 1994. Pág. 17.
5. Bukowski, Ch. *Peleando a la contra*. Anagrama, Barcelona, 1995. Pág. 362.
6. Bukowski. *100 Poemas*. Emptybeercan ediciones. Pág. 62.
7. Bukowski, Ch. *Cartero*. Anagrama, Barcelona, 1993. Pág. 121.
8. Bukowski, Ch. *Lo que más me gusta es rascarme los sobacos*. Anagrama, Barcelona, 1987. Pág. 72.
9. *Idem*. 1. Pág. 129.
10. *Idem*. 6. Pág. 25.
11. *Idem*. 1. Pág. 175.
12. Freud, S. *Obras Completas XXI*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1988. Pág. 190.
13. *Idem*. 5. Pág. 59.
14. *Idem*. 8. Pág. 29.
15. *Idem*. 1. Pág. 197.
16. *Idem*. 1. Pág. 201.
17. Bukowski, Ch. *Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones*. Anagrama. Pág. 107.
18. *Idem*. 3. Pág. 276.

Entrevista: Del goce dionisiaco al goce de la palabra, un tratamiento posible

Viviana Berger

Entrevista a Luis Darío Salamone

K - A propósito del texto que has escrito sobre Charles Bukowski, quisiera hacerte algunas preguntas respecto de esta práctica tan difícil, clínicamente, que resultan las Toxicomanías y el Alcoholismo. Digo "difícil" porque justamente, usando la cita con la que tú inicias el texto, "Si quieres saber dónde está Dios, pregúntale a un borracho", el tóxico colma la satisfacción del sujeto de una manera muy completa - "el matrimonio perfecto", dice Freud. El goce que se alcanza en el cuerpo obtura el pensamiento de una forma muy lograda, suprimiendo la palabra. En este sentido, te pregunto ¿por dónde ves tú que un analista pueda operar? ¿Cómo puede un analista trabajar si tenemos el discurso tan enmudecido por el objeto? ¿Exige esta clínica un ejercicio particular de la función deseo del analista?



LS - Podemos decir que la clínica psicoanalítica siempre requiere de un ejercicio particular de la función del analista, que es esto precisamente lo que la caracteriza. **Es verdad que el consumo de una sustancia genera una satisfacción que resulta muy poco frecuente poder lograr por otros medios, pero la aparente completud lograda es relativa, por un lado o por otro, tarde o temprano, se manifiesta lo paradójico de la satisfacción lograda, la falsedad de esa ilusión de completud, las consecuencias que implica la aparente solución de un rechazo del inconsciente.**

Es verdad que Freud nos habló de esa satisfacción tóxica que puede darse por ejemplo en la relación entre el bebedor y el vino como algo del orden de una pura armonía, como el arquetipo de un matrimonio dichoso, pero quizás esto sea porque la compara con la relación entre el amante y su objeto sexual, que suele estar lejos de ser armoniosa, por el hecho de que están procurando encontrar algo que no existe. El goce con los tóxicos está al alcance de la mano, no es necesario vencer inhibiciones, ni solucionar impotencias, éstas no aparecen de entrada, son evitadas, pero no tardarán en retornar para golpear al sujeto que se ha limitado a mantenerlas alejadas.

Además están los efectos secundarios, los problemas que aparecen ligados al consumo, ya sean los problemas sociales que puede llegar a acarrear el consumo, las dificultades en el organismo del sujeto, las consecuencias sintomáticas del rechazo del inconsciente.

Es verdad que puede obtenerse el pensamiento. Bukowski se refiere precisamente a esto en varios lugares. En uno de los

escritos de *"Fragmentos de un cuaderno manchado de vino"* se señala cual es la función que tiene para él embriagarse, dice haber recurrido al whisky para hacer la vida soportable. Ya que éste la mitiga, resulta ser un buen enjuague para las mentes que giran demasiado aprisa; de esa forma evita que la cabeza dé tantas vueltas, lograba una pausa. Pero también hay muchos señalamientos de los "daños colaterales".

En otro texto que lleva por título *"Consecuencias de una larg larg nota de rechazo"*, analiza el rechazo de un posible editor de un material que le había mandado y nos dice que para cambiar su suerte tendría que dejar la bebida. De todas maneras, el vino le estaba haciendo polvo el estómago. No se trata de un mero recurso literario, por 1955, cuando él tenía treinta y cinco años estuvo a punto de morir en un Hospital de Los Ángeles de una hemorragia masiva en el estómago a causa de la ingestión de alcohol. Pero no sólo está el problema de los trastornos orgánicos, están las consecuencias subjetivas, como decíamos, del rechazo del inconsciente que, más que escribir una nota, pasa facturas que se juegan claramente en la vida del sujeto ya que entre otras cosas, generalmente, no actúa de manera muy responsable. Esto le genera problemas en el trabajo, en la familia, en la sociedad.

Señalaste en tu pregunta otra dimensión que está presente en la cuestión del consumo de sustancias: la supresión de la palabra. Ha sido hace muchos años subrayado por Jacques-Alain Miller *el cortocircuito en la dimensión del significante* que el uso de drogas puede implicar, generando en el sujeto un goce autista. Pero esto se juega en el momento del consumo y el sujeto puede volver sobre el asunto, no ha enmudecido para siempre, es verdad que quizás ha

entrado en una experiencia de goce que le resulta intramitable por la palabra, pero se trata de una experiencia sobre la cual puede volver, si es que tiene intenciones de hacerlo.

Hay sustancias, como el alcohol, que pueden generar incluso el efecto contrario, ponerlo al sujeto más locuaz, hacerlo hablar al quebrantar las inhibiciones. La frase "in vino veritas" da cuenta de esto - no sólo habla, sino que dice la verdad. Pero tampoco el sujeto se hace muy responsable de lo que dice, y mucho menos de sus consecuencias, es más, no está dispuesto a hacerse cargo de los actos cometidos bajo los efectos del alcohol. En una oportunidad me vino a ver alguien que le había propuesto matrimonio a una mujer, aun cuando había decidido no dar por válida su solicitud, había decidido dejar de tomar. Emborracharse le había empezado a resultar muy peligroso, no tanto para su vida, sino para la ética de soltero que sustentaba.

Pero aun cuando el discurso se encuentre enmudecido alguien puede abrirse a la palabra, y el analista está para eso. Puede operar a partir de lo que el año pasado llamé en Cali "el punto de falla de la droga". Pese a ese goce silencioso, el sujeto tendrá su momento de quiebre, la angustia retornará, la droga deja entonces de ser eficaz o muestra sus aristas nocivas. Si el sujeto llega sin haber llegado a ese punto de falla, el analista está para acompañarlo hasta que llegue a ese momento y se replantee su relación al goce. El analista está, en todos los casos, presente para esto.

V — Decías esto del "enjuague para las mentes" — entiendo, una especie de rechazo del Otro, un "olvido" del pensamiento que el sujeto pretende forzar merced a los efectos del tóxico. El sujeto queda borrado, buscando más una experiencia del orden del "encuentro con Dios", huyendo de lo que llamamos técnicamente la castración, la falta del Otro. De hecho Bukowski nos relata en su literatura muy autobiográfica, por cierto, sobre las carencias afectivas de su infancia y la violencia ejercida por parte de su padre. Lo curioso es que no es un discurso angustiado, de heridas que se recuerdan y duelen sino que su estilo es cínico, con un humor filoso y sarcástico. ¿Puedes explicarnos un poco acerca de esto que se dice en relación al goce cínico del toxicómano?

LS - Sin duda, realizaste un buen compendio de cuáles son las consecuencias subjetivas que se juegan con la intervención del tóxico en la vida de un sujeto. De un lado el rechazo del Otro; por otro lado, el borramiento del sujeto. Esa relación con el Otro tan problemática como constitutiva, busca ser tratada de una manera violenta con las consecuencias que esto genera. El sujeto al borrar al Otro desaparece como sujeto.

Para poder sacarse al Otro de encima, pero de otra manera, está precisamente el tratamiento analítico. Pero esto implica otro camino, el de la palabra, el de hacer que caigan los significantes amos que lo mantienen alienado al Otro. Esto no se logra al suprimir al Otro tóxicamente, esto implica un trabajo de análisis, de elaboración, de un corte que lleva a la desalienación, de una separación progresiva que el trabajo del análisis permite. Por eso señalas en tu pregunta muy bien algo del forzamiento, un forzamiento que termina resultando inoperante. Y el consumido termina siendo el sujeto, "queda borrado". La operación analítica elige en ese sentido el camino contrario, pone en primer plano al sujeto, su relación con la falta, para sostenerlo en tanto deseante.

Volviendo a Bukowski para ver qué nos enseña, es verdad que destila cierto cinismo. Cinismo que no hemos asociado tanto al alcohol como a otras sustancias que separan de forma más contundente al sujeto del Otro. Pero en su caso esto resulta evidente, en su literatura se percibe, y él se jacta, de esta posición antisocial. La sostiene y la justifica. Dice: *"No me gustan las leyes, la moral, las religiones, las reglas. No me gusta dejarme moldear por la sociedad"*, principios básico de una filosofía cínica. En "Lo que más me gusta es rascarme los sobacos" (excelente título para un libro de entrevistas en su caso) dice que a él no le interesa aprender, lo que le interesa es evitar. Es una manera de aferrarse a un goce, es su muralla, es su defensa frente al daño que le ha provocado el Otro. El Otro ha dejado de ser un problema, afirma que no es que no exista, pero sucede que directamente no le importa. No podemos decir si esto es realmente así, también puede ser una parada, quizás escribía en esa dirección para ayudar a convenirse del asunto. Si hubiera logrado llegar a una conclusión tan cabal no necesitaría vivir intoxicado. O es precisamente la intoxicación lo que le permite sostener las cosas de esta manera. También asume, como lo plantea en *"Escritos de un viejo indecente"* esa posición que él llama la del hombre congelado, y describe esa forma de tratar el dolor ayudado por el alcohol, *"permanecer congelado, todo lo demás es locura"*, nos dice.

El tema de Dios en su referencia no está presente a partir de que la religión le permite encontrar algo, hay una ironía en el asunto, hay una resonancia de la cita de Marx "La religión es el opio de los pueblos". La religión, el opio, la borrachera pueden embriagar de sentido a alguien, lo suficiente como para que no esté angustiado, a condición de que viva embriagándose.

Me parece que el atractivo que tiene para muchos la literatura de Bukowski es precisamente que nos narra hechos fuertes, a veces brutales, sin poner en juego algo del orden de la angustia. Ha logrado borrarla con el alcohol. Entonces, uno se pregunta cómo puede alguien hablarnos de estas cosas de manera tan cruda. Y en el fondo hay una burla, el afecto ha sido escamoteado, no es un tratamiento de la angustia muy diferente al que está acostumbrado a realizar el obsesivo, esos obsesivos que a veces provocan la admiración de alguien por manejarse con tanta seguridad, pudiendo realizar un acto como si se tratara de una operación quirúrgica, pero no deja de ser un ropaje. Si se llegan a conectar con su dimensión afectiva todo el edificio se desploma.

He caracterizado el goce producido por el alcohol más bien como dionisiaco que como cínico. Sucede que antes aparecía un alcoholismo más romántico, el alcohol tenía la función de olvido, generalmente en relación a lo problemático del amor que no servía para velar la inexistencia de la relación sexual. Pero en Bukowski es sin duda algo del orden del cinismo lo que se presenta, en ese sentido es un alcohólico moderno, esto le otorga su originalidad.

V - ¿Cómo entiendes el arte de la literatura en Bukowski y su relación al alcohol?, ¿podría pensarse algo del orden del sinthorne, en este caso? Porque sus textos e incluso su modo de escribir, tal como lo cuenta su biógrafo, "destilan" — por decirlo de alguna manera, su borrachera. Uno lee sus libros y siente en su letra el alcohol. Pero, en este caso, hace de sus elementos viscerales, arte.

LS - Quizás sea pertinente volver a partir de un principio que para mí ha resultado orientador. Sin dudas, después de los analizantes, han sido los escritores quienes más me han enseñado sobre la relación de un sujeto con cualquier sustancia tóxica. Pero esto fue posible porque siempre tuve presente el hecho de que no aplicamos el psicoanálisis, por ejemplo, a una obra literaria. Por el contrario aplicamos lo que nos enseña esa obra al psicoanálisis. Lacan nos recordó que el psicoanálisis solo se aplica a un sujeto que habla y oye. En nombre del llamado "psicoanálisis aplicado" se han cometido algunos excesos y elaborado varios delirios con un tinte psicoanalítico. Es decir que no se trata de que analicemos a Bukowski, sino de que aprendamos lo que él nos enseña. Sin duda tiene mucho para enseñarnos, ya que bebió mucho y escribió sobre el asunto. El alcohol no solo entra en su obra, daba multitudinarios recitales de poesía con una heladera llena de cervezas a su lado a la cual acudía entre versos y versos. Tenía vocación de perdedor, así se llama uno de sus libros: "La senda del perdedor", el alcohol se le cruzó en la vida para llevar esto adelante, con su escritura trabajó para dar vueltas esto, pese al alcohol. En uno de esos recitales, entre un sorbo de cerveza y otro se recordaba "aprender a ganar es difícil, cualquier boludo puede ser un buen perdedor". Su poesía, todo su obra era así de directa, seguramente ayudado incluso por el alcohol.

Que en su obra estén presentes permanentemente sus estados de borrachera no alcanza para pensar que su relación con el alcohol es un sinthome. El alcohol puede alejar de la conciencia algunas cosas pero de ahí a pensar un sinthome hay una distancia enorme. Podríamos pensar en su escritura, en el deseo de hacerse un nombre propio entre otras cosas. Pero, si somos fieles a sus palabras, lo que a él le da una estabilidad en cierto momento de su vida tiene nombre de mujer y se llama Lisa.

También tienen mucha importancia en su vida las carreras de caballo. Además de beber y escribir, le gustaba mucho apostar. Pero decía que ahogarse en el alcohol era su forma de escapar del sistema. Entonces el alcohol es eso: su escape.

Es verdad que podemos decir que pone sus borracheras al servicio de su arte. Esto genera un estilo visceral que le ha suscitado adeptos como detractores. Pero sin duda hay una utilización en él del semblante, ha forjado un estilo que, pese a los primeros rechazos (él habla de ellos cada tanto, de cómo los editores le devolvían el material), pese a esos primeros rechazos termina siendo atractivo para muchos,

Con elementos viscerales se puede hacer arte, basta para demostrarlos esas exposiciones que se realizan con cuerpos y trozos de la anatomía humana plastinados, aunque resta la discusión de si esto se puede considerar o no arte. Con Bukowski no nos queda duda que lo que hace es literatura. Tendrá más o menos metáforas, pero se trata de una operación con las letras. Aunque diga que sólo escribe cuando está borracho y que, por lo tanto, no sabe qué es lo que escribe.

V - Fíjate que tú citas una interpretación que hace Bukowski respecto de la violencia de su padre que, en verdad, como todo fenómeno de violencia, es del orden del sinsentido, de lo que no tiene explicación alguna. Ante eso él interpreta: "Me hacía pagar a mí que el mundo no lo aceptara como él deseaba". Hay un fantasma de que él - hijo - paga la deuda del padre pero no donde él lo haría por elección, sino que es obligado por el padre. El padre le hace pagar a él. Es objeto del goce del padre. Pensaba en el carácter de imperativo de goce que tiene el superyó. La cara obscena y feroz del superyó que empuja a un goce imposible. ¿Hay alguna diferencia de la incidencia del superyó en la clínica con las toxicomanías respecto de una clínica donde no se trata de fármacos? Recordaba la referencia de Lacan en relación a la "ruptura con el goce fálico"...

LS - Por la modalidad de goce en muchos casos de toxicomanías, por esa ruptura, tan característica, con el goce fálico, la modalidad de goce queda muy emparentada al goce superyóico. Resulta lógico encontrar tras ese empuje al goce su diabólico accionar: se trata de un goce caracterizado también por poner en suspenso la función fálica, es por eso que la cuestión puede jugarse al nivel del

del estrago. Podemos decir que las toxicomanías son la consecuencia de los estragos del superyó. El sujeto frente a esto puede presentar un carácter de objeto. Hace un tiempo era muy común ubicar las problemáticas de las adicciones en el campo de las perversiones. Esto, si bien puede pasar en algún caso, no puede generalizarse, pero ha sido este parentesco lo que ha inducido a ese reduccionismo.

Como vos señalas en el caso de Bukowski se queja de la violencia del padre y hace una interpretación. Yo lo dejaría en ese punto, para no alimentar un sentido en la dirección que criticamos. Sí, podemos decir con él, que en uno de los relatos de su libro "Hiyo de Satanás", nos habla de un padre que era despreciable sin proponérselo, de los golpes que le propiciaba, de cómo lo negaba como hijo y lo llamaba hiyo de Satanás. En el siguiente relato "La vida de un vagabundo", nos presenta su posición: "Todos estamos jodidos de diferentes maneras. No hay verdad, no hay nada real, no hay nada", una negación tan feroz que es llevada al plano del rechazo. En el último relato: "Lo suficientemente loco" dice: "El objetivo del vino es emborracharte y hacerte olvidar". Pero no es un olvido cualquiera, ese olvido está el servicio de ese rechazo contundente.

V - Daría la impresión que el sujeto Bukowski se aloja en el bar - su lugar es el bar, de hecho se presenta bajo el significante "Barfly". Asimismo, ése es su goce: gozar, sentado en el taburete de un bar, bebiendo. Pareciera una identificación que toma del abuelo Leonard (patriarca de la familia) y, en la línea de los "padres", también su bisabuelo que deambulaba de bar en bar tocando el violín y pasando el sombrero, dinero que invertía en cerveza. Elige Barfly en lugar de Hiyo de Satanás. Al respecto, ¿cómo se posiciona un analista frente a esto? Porque se dice que un psicoanalista debe alojar al sujeto, alojar su goce, pero, ¿cómo se hace cuando ese goce a la vez que lo previene de la locura, borra al sujeto? ¿El psicoanálisis exige la desintoxicación y la abstinencia para analizarse?

LS - Como vos decís, Bukowski se denomina un "Barfly", se identifica con esas moscas que están en la barra de un bar, dándole vueltas a la cerveza derramada. Dice que durante cinco años se limitó a hacer eso, entraba a la mañana al bar y se asaba el día. La película dirigida por Bartbet Schroeder e interpretada Mickey Rourke ha sido mal traducida al castellano como "Mariposa de la noche" o "El borracho", y trata sobre esa época de la vida de Charles Bukowski. El bar es su refugio, pero lo es porque es allí donde le proveen esa bebida que le permite esa supresión tóxica de lo que le resulta problemático. Hank, apodo del escritor dice "Se requiere de un talento especial para ser un borracho. Se necesita resistencia. La resistencia es más importante que la verdad.", es una buena síntesis de su posición.

Una consecuencia inevitable del rechazo de la castración, que es en definitiva la verdad a la que se resiste, es que desaparece la

la dimensión deseante del sujeto, entonces le queda sólo agarrarse de su embriaguez. A veces esta condición de goce puede entramarse en el campo de las identificaciones, es por eso que suele haber padres e hijos alcohólicos que son alcohólicos, y esto suele atribuirse a cuestiones hereditarias. Resulta interesante que en este caso que vos subrayás, la identificación se juegue a partir de ese significante: bar; lo cual seguramente no podrá ser explicado por un reduccionismo ligado a lo hereditario.

El goce puede arrasar al sujeto, puede incluso matarlo; como decía Lacan, el goce es el camino hacia la muerte. Pero una vez más, hay que insistir en que esto puede trastabillar y darle lugar al analista a intervenir. Hay mejores soluciones para la locura de un sujeto que el alcohol u otras sustancias. Existen soluciones que resultan más estables.

Con respecto a la abstinencia, la que el psicoanálisis requiere es la del propio analista: En una comunidad terapéutica se le pide a los sujetos que se internan que no consuman. En un psicoanálisis lo que se le pide al sujeto es que hable, que encuentre un goce en la palabra. Sabemos que la causa de su problemática no está en las drogas, que la utilización de drogas es más bien la consecuencia de una causa inconsciente que estamos dispuestos a poner a trabajar por medio de lo simbólico. Se trata entonces de restaurar esa dimensión.

V — Para terminar, ¿qué relación tiene todo esto con la sexualidad?, ¿qué es esto del miedo a la "concha de una mujer" del cual el sujeto se refugia? ¿Hay alguna relación entre las dificultades sexuales, la impotencia, la eyaculación precoz, y las drogas?

LS - La relación resulta evidente en cada caso que uno tenga la oportunidad de trabajar. Un hombre puede tomar alcohol, éxtasis o viagra para enfrentar a una mujer. Esto le permite hacerlo, pero no lo saca de la impotencia. El alcohol permite superar las inhibiciones, pero no resulta extraño que después el sujeto padezca de impotencia, entonces podrá recurrir al viagra. Pero por más que pueda enfrentar el acto sexual, la impotencia es en definitiva psíquica, y quizás no goce lo suficiente. Con el éxtasis pasa algo similar, como dice Escotado, tiene una infundada reputación de afrodisíaco, le permite a alguien socializarse, pero ya varios sujetos me hablaron de no poder eyacular, o demorar mucho, en el momento de enfrentarse a lo que Lacan denomina como "la hora de la verdad". Una mujer para un hombre es su hora de la verdad. No parece tan difícil enfrentarla intoxicado, pero en el fondo no se la enfrenta. No poder llegar al orgasmo al igual que la eyaculación precoz son, en definitiva, formas de impotencia.

En "Cartero" Bukowski advierte: "A ninguna mujer le gusta quedar segunda ante una botella.". Sin embargo eso es lo que sucede todo el tiempo en estos casos, la mujer es relegada por el alcohol. En un momento asegura que él no abandona a las mujeres, que son ellas las que lo abandonan. Seguramente él tendrá algo que ver.

Por más que uno de sus libros se llama "Se busca a la mujer", por más que el alcohólico pueda decir eso, en verdad se escapa, no soporta su inexistencia, hasta que llegue una que pueda ser su síntoma.

• Luis Darío Salamone, Lic. en Psicología. Dr. en Psicología Social. Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AE 2007-10). Co director del TyA (Toxicomanías y Alcoholismo) y Asesor de ENLACES, departamentos del Instituto Clínico de Buenos Aires. Docente del Instituto Clínico de Bs. As. y el Instituto Oscar Masotta. Profesor Asociado del Departamento y el Master en Psicoanálisis de la Universidad J. F. Kennedy. Autor del libro "El amor es vacío" y numerosos artículos publicados en libros, revistas y periódicos.

Una experiencia vacía

Mauricio Tarrab

“La operación toxicómana es aquélla que no requiere del cuerpo del Otro como metáfora del goce perdido y es correlativa de un rechazo mortal del inconsciente”.

Esta breve definición resume lo que está en juego en lo que la droga, el tóxico, procura a cada quién, pero también sirve para situar lo que cada quién hace del tóxico, y por qué caminos.

Lo que vemos en la experiencia clínica, es lo que se realiza en la intoxicación y que he llamado “la operación toxicómana” procede por un rechazo del Otro. No es de ninguna manera un mensaje dirigido al Otro. Se muestra no articulada sino en ruptura con el campo del Otro.

La operación toxicómana no se reduce a la combinatoria significativa, implica un goce no articulado, no articulado al partenaire, ni al Otro sexo. Más bien es una operación que separa del Otro sexo. Que no busca el Otro sexo, sino que se procura su goce por un camino que no es sexual sino que está orientado al propio cuerpo.

Por otra parte no tiene que ver con el inconsciente sino con su rechazo, el sujeto no está allí como sujeto del inconsciente sino como un “yo existencial”.

En este sentido, en esa dirección de aislamiento el llamado toxicómano es casi el paradigma de un mundo de solitarios consumidores anónimos, que rechaza el lazo con el Otro al rechazar lo que estructuralmente se pierde por ese lazo.

Es por eso que podemos decir que es una elección contra la castración, contra la división del sujeto, y contra el inconsciente.

La operación toxicómana se sitúa frente a la encrucijada sexual, no con una ficción sino con un goce (el de la intoxicación) que está en ruptura con toda ficción.

Esta operación revela además la verdad de las ficciones que la encrucijada sexual segrega, es decir el síntoma y el fantasma, al fin sólo sustitutos del goce perdido.

Demuestra asimismo que el juego con el Otro no vale la pena y que quedarse sin sexo no es sino el producto de una operación que es leal a esa verdad.

En esta operación el llamado “toxicómano” es leal a su goce, a su partenaire, pero su partenaire no es el Otro, ni el semejante, sino lo que ha colocado en ese lugar.

Es decir en el lugar de la pérdida estructural de goce. En lugar de “no hay relación sexual”. Y a ese lugar no viene el falo sino el tóxico, el goce tóxico, que es justamente la ruptura con el falo.

Ubicada así frente a la encrucijada sexual, la Operación Toxicómana ofrece una solución que en su extremo más logrado liquida la cuestión del sexo, junto con la liquidación eventualmente del sujeto mismo.

La experiencia de la droga o el sujeto del inconsciente.

Y esto que el tóxico procura y que supone la exclusión del sujeto se realiza en una experiencia, en la experiencia misma de la intoxicación. Lo que llamo la “operación toxicómana” se realiza en un hacer, en el nivel de una experiencia. Esa que los pacientes nos dicen que nosotros tenemos.

Es experiencia, esa experiencia vivida de la intoxicación es también una experiencia vacía, y es una experiencia que no podríamos poner en serie con la experiencia del análisis como experiencia subjetiva, más bien si se trata de experiencia se trata de una experiencia vacía de sujeto. O al menos vacía del sujeto del inconsciente.

Una experiencia por cierto, tan vívida como vacía del Otro aún del Otro (que podría hacer de partenaire).

Vacía también de sexo, ya que es muy definido que si se trata allí de un goce, se trata de un goce a-sexual. Una experiencia que está también vacía de significación.

Pero al mismo tiempo esa experiencia tiene una positividad, que es la positividad del goce.

Intento, entonces con esta referencia, situar lo que la operación toxicómana tiene de experiencia. Puntual o extendida, circunscripta o generalizada, ocasional o permanente, la operación toxicómana se realiza por una experiencia por un hacer puntual, donde cada vez se obtiene una ganancia de goce contra la castración.

+ goce — castración

Una experiencia donde se trata la castración no con una ficción sino con lo real, con la positividad del goce tóxico en su dimensión de experiencia. De cada vez, de cada ingesta, de cada inyección.

Y es con la positividad del goce como la experiencia vacía de la droga, trata el vacío central del sujeto, es decir eso incurable, que con la droga intenta de ser colmado, a costa del sujeto mismo.

En este sentido es que por otra parte debemos poner el énfasis una vez más, en que no se trata en la toxicomanía de una estructura clínica, sino de una operación sobre la estructura.

Se ubica ahí, justamente, la chance clínica que consiste en deslindar la experiencia, de la estructura que la experiencia oculta.

Es un hecho que en la clínica con lo que nos encontramos es con las formas en que se presenta esta dimensión de la experiencia de la intoxicación y sus consecuencias. Y es a mi juicio de mayor la importancia proceder en la consulta de tal modo que, sin descuidar las complicaciones del tema de la intoxicación, y los problemas sociales y legales que la acompañan, se proceda a deslindar la dimensión estructural que la experiencia de la droga oculta.

Ahí si podemos empezar a producir un empalme, que permita ir de la experiencia de la droga, que inunda la escena de consulta a la cuestión del sujeto, a esa cuestión del sujeto que sabemos que es anterior a la droga y para la cual la droga es una respuesta.

Es decir que tenemos en cuenta que justamente en el plano del sujeto, de sus determinaciones simbólicas, de su relación problemática al goce, donde suponemos que se encuentran las raíces, las claves, la cifra de la problemática, aquélla a la que la droga aporta su solución.

He situado en otra ocasión que justamente una de las condiciones para que sea posible una intervención, es decir para que exista la chance de que una intervención analítica pueda ocurrir es que la droga ya no aporte esa solución, y que la cuestión del deseo se infiltre en el vacío de la experiencia.

No hay que desatender la relación del sujeto con la intoxicación, hay que situar el hacer de la intoxicación en relación a las determinaciones del sujeto.

A esas determinaciones que no son evidentes, ya que la operación toxicómana está ahí para que no lo sea. Esas determinaciones que son las que emergen para sorpresa del sujeto, como una desagradable verdad, es decir en tanto síntoma, cuando la droga fracasa. O cuando interrogamos al sujeto más allá de la experiencia, más allá de pretender su abstinencia, más allá de lo que encandila en la presentación, lo que satura el monto de la demanda, que es la relación exclusiva a eso que se ha vuelto su partenaire.

Puedo mencionar el caso de un hombre que consulta luego de un tiempo de terminar un exitoso tratamiento para dejar de consumir las toneladas de cocaína que consumía. El éxito indudable de ese tratamiento lo había dejado sin embargo a las puertas de lo imposible de soportar.

Esta vez su demanda no era en relación con la droga sino en relación con algo que sólo ahora se le hacía evidente y que había sido rechazado durante casi veinte años, gracias a su relación con el tóxico y que el tratamiento anterior no había siquiera podido rozar a pesar de estar bien orientado.

Se le revelaba ahora, ya sin la droga — que había entrado en su vida en la muy temprana pubertad —, una condición de goce que se le tornaba moralmente repugnante e inaceptable y que iba acompañada en la actualidad de una insuperable impotencia sexual.

Tuvo que hacerse evidente, mediante la interpretación, cómo se aferraba al goce incluido en la tortura moral de la que se quejaba, para que empezara a emerger la red significativa que sostenía el síntoma de impotencia que se formalizaba ahora en transferencia.

En este sentido se puede decir también y en relación a este ejemplo que he mencionado, que la droga vino al lugar en el que el fantasma se ha desestabilizado y *justo antes de que se produjera el síntoma* que constituiría el llamado al Otro... se produce la iniciación. (Se podría decir también para situar la particularidad de este caso que en el momento en que el sujeto parafraseando a Lacan — ha metido fugazmente las narices en el fantasma, prefiere antes que eso y durante más de veinte años meterse cocaína en la nariz: esa es la operación toxicómana).

El ejemplo muestra que el encuentro con la droga posterga la confrontación del sujeto con una pregunta sobre la cuestión sexual que se hallaba a un paso de formularse.

Eso es ni más ni menos lo que el tóxico procura en este caso.

No se trata entonces para nosotros, en el nivel de la experiencia de evaluar lo efectivamente vivido en el flash, porque para nosotros allí el sujeto no está en su lugar como sujeto, lo que importa es situar lo que la experiencia del tóxico procura en relación a estas determinaciones que fijan su posición de sujeto. Se puede concluir también que en este caso, lo que el tóxico procura es evitar pasar por la prueba del deseo y substraerse del problema sexual.

Se ve entonces el punto en que se aplica la operación toxicómana y se perfila también allí lo que es la función de la droga en la economía de un sujeto.

El sin-sentido de la “operación toxicómana”, de la experiencia vivida y vacía de la droga, es ésta que no tiene ningún sentido más que el que se deriva del “no puedo dejar de hacerlo” y “no hay más que hablar”.

La operación toxicómana evacúa toda la significación. Lo cual justifica por qué la presentación de los pacientes toxicómanos es una fuera de la palabra.

La satisfacción de la intoxicación requiere del silencio ya que el hablar es ya restituir algo de la significación. La significación como cualquier significación es la significación del falo.

La intoxicación requiere no hablar. Y sabemos que la única chance clínica que tenemos es “hacer hablar”. Hacerla pasar al decir. Hablar no es por cierto una garantía de nada, pero aleja de la muerte al menos por un tiempo, como lo sabía Sherezade quien hablaba para no morir.

La operación toxicómana es inversa. No habla para permanecer en esa satisfacción que evacúa la significación, que evita el matrimonio con el falo, que alivia de la indeterminación del deseo, que define contra la metonimia es infinita de la pérdida del objeto y contra esa otra muerte que el significante impone. Hay que reconocer que son muchas ventajas.

Lo que el tóxico procura es la evacuación de la significación, y por tanto, una manera de mantenerse por fuera del decir. Fuera del discurso, en la positividad de la repetición.

Lo que el tóxico procura es opuesto entonces a la operación analítica cuyo único imperativo, cuya única demanda legítima al sujeto es: que diga. Que de pasar al acto pase al decir.

Para terminar: una indicación clínica de J. A. Miller que hay que tomar en cuenta. Una indicación clínica que es muy preciosa y que hay que tomar con cuidado. “Hay que obtener que el sujeto dé sentido, y en especial sentido sexual a su experiencia”.

Puedo comentar esta indicación sobre el fondo de lo que he dicho hoy del siguiente modo: obtener que el sujeto dé sentido sexual a su experiencia, quiere decir que la *bedeutung* del falo recubra la positividad sin palabras de la experiencia vacía de la droga.

Y hay que decir que esa indicación misma está en la dirección opuesta a la operación toxicómana, ya que negativiza, agujerea la experiencia. Nombra, saca del hacer hacia el decir.

Obtener que el sujeto dé sentido sexual a su experiencia no quiere decir: darle al sujeto un sentido sexual para su experiencia. Esa sería no una operación analítica sino religiosa.

Lo cual no le impediría por un tiempo ser exitosa. La significación religiosa no deja de estar dentro de la lógica fálica y al mismo tiempo reconocemos la eficacia de las religiosidades más variadas en este campo.

Obtener que el sujeto dé un sentido sexual a su experiencia es otra cosa.

Es que la significación sea efecto de una operación significativa y de un encuentro. Es apostar a que en ese encuentro se abra otra suerte de determinación más allá del "no puedo dejar de hacerlo".

Es pasar de la positividad muda de la intoxicación a confrontar al sujeto a la cuestión del deseo.

Es hacer existir el inconsciente. Es decir que se traduzca en términos de saber lo que la experiencia realiza como goce.

Es decir: se trata de obtener esa interpretación que es el trabajo mismo del inconsciente.

Es estar ahí para confrontar otra vez al sujeto a la encrucijada sexual que su elección por la operación toxicómana evita.

La clínica no sólo muestra la evidencia de quiénes no renuncian a esta salida que es la operación toxicómana, también testimonia del efecto sorprendente y angustiante para algunos sujetos de la aparición de una pregunta, una pregunta anterior a que la droga entrara en su vida y que se formula en un lugar mismo donde la intoxicación daba hasta entonces su respuesta muda e impecable.

Es por eso que podemos decir que si bien la intoxicación no se interpreta. Sí, podemos ubicar la incidencia de la interpretación en relación a lo que emerge de su falla, es decir, aquello que emerge como discurso más allá de la experiencia de la intoxicación.

No se trata de dar una interpretación a la "operación toxicómana", se trata por el contrario de obtener una interpretación. Se trata de obtener esa interpretación que es el síntoma, los sueños, las formaciones del inconsciente, la transferencia misma.

Se trata de obtener esa interpretación que es el trabajo del inconsciente. Eso que hay que hacer existir, es en suma el inconsciente y que sólo existe si hay un analista. Sólo la función de intérprete del analista produce la significación de un saber supuesto.

La operación del analista, en la clínica con toxicómanos o con cualquiera, es la de producir en el comienzo la significación de una falta de saber como causa del padecimiento. Una dirección que va entonces: de la droga a la falta de saber.

Como se ve, hay una oposición evidente entre la experiencia del tóxico y la experiencia del psicoanálisis, entre la "operación toxicómana" y la operación analítica. Una rechaza el inconsciente, la otra, como operación de castración espera producirlo.